

ANGÉLICA GUZMÁN REQUE

AL LÍMITE DEL ABISMO



PRÓLOGO

La quincuagésima sexta publicación de Escritores Unidos nos presenta la novela de nuestra asociada y miembro fundadora Angélica Guzmán Reque radicada en la ciudad de Santa Cruz.

Como antecedentes de publicaciones en nuestra entidad la autora ha editado “El niño de miel”, novela; “Aventuras mágicas de Etelvina”, cuentos; “Voces de la Naturaleza”, leyendas y “Un juguete abandonado”, cuentos.

En “Al límite del vacío”, tenemos la sensación de leer un libro distinto en lo referente a tema y tratamiento de un motivo y por ello novedoso e interesante. Desde las primeras páginas se advierte que es el relato de un hecho real y trágico sucedido en las selvas de nuestro país. Probablemente esta circunstancia lamentable se ha repetido una y muchas veces, quizás descrita con abundamiento en libros y periódicos, pero creemos que ninguna de la manera aquí escrita.

La caída de una avioneta con toda su tripulación en medio de la selva inextricable es susceptible de una serie de formas de narrar el hecho desde un estilo periodístico hasta una descripción densa. Tal vez con demasiada claridad y sencillez o con largas descripciones impenetrables. De modo inusual Angélica Guzmán, desarrolla el tema con maestría, usando la técnica de la segunda persona (en la mayor parte del escrito y en pocas reconociéndose en primera persona). Las primeras páginas son intensas, fuertes, con escenas emotivas a pesar de no ser contadas de primera mano, sino de quien imagina todas esas escenas desde el sufrimiento, dolor, la larga espera e incertidumbre de la esposa que no

quiere creer en la desaparición definitiva del amado cónyuge. Las reflexiones y cavilaciones imperan en todo el texto que pone al lector frente a las diversas circunstancias de la vida en especial cuando se presentan casos que tienen relación con vivencias similares. Se advierte en su lectura que la fe es un elemento de presencia permanente y de profundización espiritual. Es en las últimas líneas que se conoce los rasgos autobiográficos que sustentan a esta novela. De alguna manera se descubre de cerca la selva boliviana y sus efectos insufribles y funestos en el ser humano solitario que por accidente llega a sus entrañas de verdor inconmensurable.

El lector puede estar seguro que la lectura de “Al límite del vacío” quedará impreso en su recuerdo de buenas lecturas.

Escritores Unidos se solaza de que así sea.

César Verduguez Gómez
Presidente de Escritores Unidos

Horas abrumadoras

Abriste los ojos, sin embargo, qué poca claridad, todo se presentaba como con una bruma que impedía vislumbrar lo que te circundaba; no solo lo que había a tu alrededor, sino también las circunstancias por las que te encontrabas envuelto en medio de esa realidad de entorno catastrófico.

Era casi imposible revivirlas, no sabías cómo explicarlo, tu mente no poseía la nitidez debida de lo que realmente había sucedido. Paseabas tu vista con dificultad a través de ese estrecho margen en el que no sabías si estabas despierto o, todavía soñabas.

Te empeñabas por recordar; te preguntabas una y otra vez ¿Dónde y porque estoy aquí? ¿Qué pasó? ¿Desde cuándo estoy aquí? Ninguna de esas preguntas tenía respuesta inmediata ese momento.

Tu mente se encontraba casi en una completa confusión, era como una nebulosa que cubría toda tu capacidad del recuerdo inmediato. Lo único que se te ocurría era divagar y esforzarte porque los recuerdos de aquellos sucesos volvieran a emerger como cuando un manantial de agua brota desde el fondo de la tierra.

Pensabas con nostalgia que no podía ser que aquel accidente, que se mostraba desgraciado, no tuviera un mínimo de datos. Creíste con mucha aflicción que debías recordar, no debía permanecer en la oscuridad, en un abandono total. Cerrabas los ojos e imprimías mayor fortaleza para hacer que tu mente reaccionara, sin embargo, por suprema que fuera la voluntad que te exigieras, los recuerdos no emergían.

Tus ideas que bullían como en tropel enardecido, dirías más bien que no pensabas en nada. Tu mente estaba vacía, como cuando un escritor se pone frente a la hoja en blanco y no sabe qué decir.

No importaba –pensabas– que tu mente se llenara de acertijos, de ideas inconexas, que no importaba qué; lo importante era entender lo que realmente había sucedido. Poco a poco las evocaciones se agolparon, en tropel, sin rumbo, como aislados, sin la claridad necesaria.

Paseabas la vista por tu entorno una y otra vez como buscando algún indicio que pudiera decirte algo, que te indujera al recuerdo. Solo un estrechísimo espacio que no emitía ninguna señal.

Un agudo dolor en la cabeza te despertó a tu realidad del momento. Dolor inenarrable en el brazo derecho, difícilmente podías moverlo, algo que te impedía la oscilación habitual. Observabas cada parte de tu cuerpo, fue ahí cuando recobraste la memoria.

Como si se tratara de la trama de una película, reaparecieron cada uno de los episodios guardados hasta hacía unos instantes. Aguzaste los sentidos. Sonreíste con algo de sarcasmo y recordaste todo el drama en el que ahora te encontrabas. Imprimiste, aunque con dificultad, un ligero movimiento de derecha a izquierda.

¡Qué paisaje de desolación y desatino! Pensaste en voz alta, e inmediatamente te preguntaste: ¿alguien más ha sobrevivido a esta angustiosa realidad? Solo el silencio te respondía.

Dirigiste tu mirada hacia tu reloj; permanecía intacto, en tu mano derecha, las manecillas recorrían regularmente y

como por instinto lo acercaste hasta tu oído, aún funcionaba. Los minutereros marcaban las diez y treinta, aunque no podías precisar con exactitud qué hora del día. Te preguntaste: ¿de la mañana? ¿De la noche?, debías averiguarlo y ¡pronto! Inmediatamente quisiste ponerte de pie. ¡Qué difícil! Te armaste de valor y maquinaste aquello que era preciso e inmediato.

Una vez más, recorriste con tu mirada aquel sitio. Tardaste en precisar el lugar donde te encontrabas, aquel lugar angosto no descubría casi nada, por la falta de transparencia. Era un interior de luz tenue y difusa; la claridad del exterior, fuera esta del Sol, o del día, no traslucía en aquel recinto. Era un lugar estrecho, aunque cálido, un recinto demasiado constreñido.

Casi a gachas circulaste tu mirada por aquel espacio; fue cuando tu mente te alertó del lugar donde te hallabas, lo que no podías precisar era cuándo sucedió aquel desastre, ese desatino que te rodeaba. Las preguntas se sucedían una a una. ¿Cuándo sucedió? ¿Qué tiempo había transcurrido de este fatal accidente? ¿Fueron días, minutos, horas?, no lo sabías precisar con exactitud; todavía tus recuerdos se mantenían lejos de poder intuir aquel infausto suceso, de esa terrible desgracia en la que te encontrabas sumido, pero –dijiste– debo saber la verdad, debo averiguar lo que realmente pasó.

Como buscando soluciones inmediatas mirabas a uno y otro lado de ese estrecho encarcelamiento en el que te encontrabas. Voceaste los nombres de las personas que te acompañaban: ¡Carlos!, ¡Jean! ¡Elías! Solo un eco difuso te devolvió tu propia voz.

Parecía imposible obtener alguna respuesta. Solo el silencio te acompañaba. Aguzaste el oído, con la ilusión de

escuchar algo que te indicara que tenías compañía, pero nada, solo se sentía alguno que otro ruido que procedía del exterior.

Era el latido nacido del canto armonioso de la Naturaleza. Era el saludo de agradecimiento hacia la eternidad que se traducía en distintas y variadas onomatopeyas que crujían, rasgaban, chillaban, piaban, como en una gran orquesta dirigida por esa batuta invisible que dirigía muy bien el merodear de la vida natural y sencilla. Aunque tú, herido y desesperado como te encontrabas, no podías precisar ese presagio que te enviaba el misterio de la vida espiritual. Intentaste ponerte de pie, probaste una y otra vez, pero lo maltrecho del lugar y esas circunstancias adversas de la situación rediviva te lo impedían. Te interrogabas: ¿Será que esta situación me impide valerme de mis propias energías para buscar soluciones a este problema? ¿Acaso no poseo la capacidad necesaria e inteligente para ponerme al frente de este atolladero y salir triunfante? ¡Nada me detendrá, debo buscar soluciones!

Con todas estas disquisiciones, te armaste de mucha fuerza física y, sobre todo, de entendimiento y pudiste mover tu magullado organismo.

Se presentaba otro inconveniente: analizaste tu posición, poseías una estatura alta, nada práctico para ese lugar tan estrecho. De la misma manera tu cuerpo fornido y pesado, te impedían imprimir la agilidad, tan necesaria en circunstancias, como en ese momento requerías, sin embargo, la conciencia te devolvió la lucidez necesaria para evaluar la situación en la que te encontrabas y lo humanamente correcto que debías hacer. La actitud precisa que todo ser humano en la desgracia planea y encuentra; las estrategias necesarias y útiles que debe encarar si desea volver a ver y sentir el hálito de vida y compañía de solidaridad y de auxilio requeridos.

Empezaste a recordar lo que había sucedido para encontrarte en la situación en la que te veías; qué había permitido llegar hasta esa situación, cómo y cuándo sucedió, imprecisas interrogantes cernían por tu mente, muchas y variadas cavilaciones eran la nebulosa que impedía vislumbrar con claridad lo que había pasado. Todavía conjeturabas: ¿Qué había pasado? ¿Había sucedido solo un rato antes? ¿Cuánto tiempo había transcurrido? ¿Quizá algunas horas, minutos, días? En esas circunstancias te fue difícil evaluar con la debida precisión. Sin embargo, volviste a cavilar y ordenar tu pensamiento; debías hacerlo, solo así, quizá podrías obtener alguna estratagema o respuestas a todas las innumerables preguntas que te acuciaban en la mente.

¿Fueron minutos, horas?, no podrías precisar, pero lo que sí sabías era que estabas entre hierros retorcidos, en medio de un silencio apabullador; te dabas cuenta que te encontrabas solo porque nadie respondía, no se escuchaba ningún quejido, ninguna voz que pidiera algo, que se manifestara en medio de esa fatalidad inminente. Tu mente divagaba y, lo peor, era que tenías dificultad para movilizarte, parecías como engrillado en ese sitio, sin espacio suficiente, tus fuerzas parecían no responder, sin embargo, no cejaste en el intento y, con esfuerzos supremos, lograste que tus ideas se aclararan y salieran a la luz que precisabas.

De esta manera pudiste comprobar lo que sí sabías: te encontrabas en el interior de una avioneta, y recordaste que esa avioneta había despegado a las cinco y treinta de la tarde, del viernes 25 de octubre. Precisaste que era un viaje urgente, habían partido desde la localidad de Villamontes, una provincia de la región sureste de nuestro país, que tiene el límite con el vecino país Argentina. Por el momento en esta provincia, perteneciente al departamento de Tarija, se

encontraba la fuente de tu trabajo; recordabas, también, que en esa zona se habían enfrentado en una cruenta y desigual guerra Paraguay y Bolivia, esta contienda está enmarcada en la historia como la Guerra del Chaco.

La región chaqueña poseía llanuras de clima árido y seco, aunque con la llegada de la primavera, el suelo se cubría de gramíneas y con las primeras lluvias de octubre y noviembre algunas especies florecían con colores rojo, blanco y azul, dando a esa zona un aspecto de visión agradable y colorido majestuoso. Lo que proliferaban eran los mamíferos que podían moverse de un lado a otro con facilidad, pero el insecto que abundaba era el mariwí, un mosquito molesto que no solo picaba, sino que producía hinchazón en cada uno de los lugares del cuerpo donde se asentaba.

Sabedores de todas estas características del lugar, una sociedad conjunta entre corporaciones de la Argentina y Bolivia había decidido la construcción de una fábrica de aceite. Quizá precisamente para aprovechar las bondades de esta región como zona limítrofe entre varios países y la excelente producción que poseía la zona.

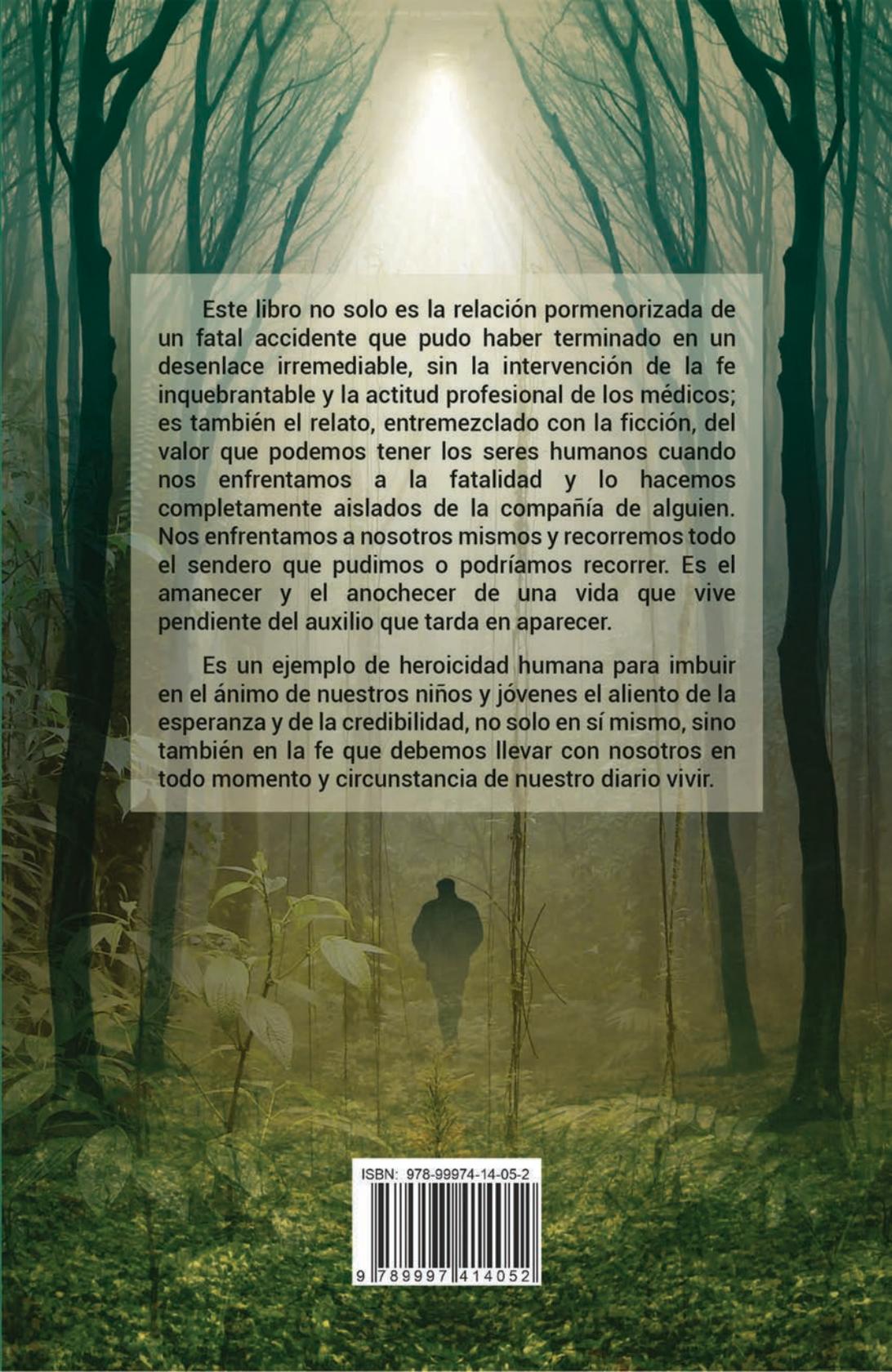
Tus recuerdos iban aflorando con nitidez. Recordaste que la noche del jueves, con el calor sofocante propio de la primavera y del distrito, era casi imposible conciliar el sueño; por tu mente se cruzaban figuras y más figuras, aunque pensabas que pronto tendrías a tus pequeños y su compañía porque tus planes habían cambiado, no te quedarías a esperar a tu familia, aunque todavía quedaba un mes para las vacaciones de fin de año escolar (tu esposa era maestra y debían esperar la finalización del año escolar). No supiste en qué momento habías conciliado el sueño, pero te despertaste inquieto, bañado en sudor; no recordabas si habías soñado o

alguien te habló, pero te levantaste y preferiste un sillón fuera del dormitorio.

Mirabas el cielo estrellado, mientras una ligera brisa te acariciaba la frente. Cabeceabas intranquilo, algo te inquietaba, aunque no podías deducir qué. Pronto la luz del amanecer circundaría aquel lugar, lo conocías muy bien porque era tu residencia del momento, por eso, visualizabas las sombras que te rodeaban, desmembrado de toda vegetación, porque esa población en la que te encontrabas era un lugar solitario, no se percibía el follaje en su ondular, solo la variedad de insectos que rompía el silencio del amanecer y el hambre de sangre hacía que se apoderaran de tu cuerpo y había que ahuyentarlos como se pudiera, generalmente con un fuerte manotazo.

Quizá tu inquietud te impidió escuchar la voz de tu interior; la palabra imaginaria que ronda en lo profundo de nuestra conciencia y nos quiere comunicar predicciones, como queriendo adelantarse a los acontecimientos próximos a realizarse, es una voz, inaudible por cierto, pero hace uso de elementos próximos a nosotros, nos habla a través de símbolos, inconexos, en principio, pero voces al fin, quizá la falta de sueño y el calor te impedían escuchar aquellas palabras que te advertían de algo, te dejaste llevar por la somnolencia y volviste a la cama para en seguida quedar profundamente dormido.

A la mañana siguiente, cuando ya el Sol entraba a raudales por los resquicios de puertas y ventanas del campamento improvisado y precario, ya que la comodidad de la residencia se dejaba esperar, te despertaste, saltaste de la cama en busca de la ducha fresca y vivificante. Miraste la hora y te anunciaba que estabas a tiempo para llegar hasta el trabajo. Caminaste ligero hacia el comedor, donde

A misty forest scene with a person walking away in the distance. The trees are tall and thin, and the ground is covered in green foliage. The overall atmosphere is ethereal and somewhat somber.

Este libro no solo es la relación pormenorizada de un fatal accidente que pudo haber terminado en un desenlace irremediable, sin la intervención de la fe inquebrantable y la actitud profesional de los médicos; es también el relato, entremezclado con la ficción, del valor que podemos tener los seres humanos cuando nos enfrentamos a la fatalidad y lo hacemos completamente aislados de la compañía de alguien. Nos enfrentamos a nosotros mismos y recorreremos todo el sendero que pudimos o podríamos recorrer. Es el amanecer y el anochecer de una vida que vive pendiente del auxilio que tarda en aparecer.

Es un ejemplo de heroicidad humana para imbuir en el ánimo de nuestros niños y jóvenes el aliento de la esperanza y de la credibilidad, no solo en sí mismo, sino también en la fe que debemos llevar con nosotros en todo momento y circunstancia de nuestro diario vivir.

ISBN: 978-99974-14-05-2



9 789997 414052